

ojos azules y labios de coral brillaban con apacible esplendor sobre la blanca y fresca tez de su semblante. Las niñas de sus ojos se sonreían de concierto siempre que hablaba; mas cuando estaba callada, su obliquidad natural hacia el cielo, les daba toda la expresión de una sensibilidad extremada; y aun de una ligera melancolía.

En Pablo se descubrían ya todos los caracteres de un hombre en medio de las gracias de la adolescencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, el color de su rostro más atezado, su nariz más aguileña, y sus ojos, que eran negros como el azabache, tendrían algún tanto de altivez, si las largas pestañas, que á manera de pinceles brillaban en contorno de ellos, no les hubieran comunicado la mayor apacibilidad y dulzura. Aunque todo el día estaba en continuo movimiento, se sosegaba al instante que veía á su hermana, é iba á

sentarse á su lado. En la mesa apenas se decían una palabra; y en su silencio, en la naturalidad de sus posturas, como en la hermosura de sus pies descalzos, me parecía estar viendo varias veces uno de aquellos grupos antiguos de mármol blanco, que representa algunos de los hijos de Niobe.

Aunque madama de La Tour observaba con complacencia el aumento de las gracias y atractivos de su hija, sentía sin embargo cierta inquietud secreta, igual á su ternura, que la hacía decirme algunas veces: « ¿Qué sería de la pobre Virginia, si yo faltase? »

Tenía en Francia madama de La Tour una tía, de distinguido nacimiento, rica, vieja y solterona, la cual se había negado cruelmente á socorrerla, cuando se casó en secreto; y á quien, desde entonces, había jurado no recurrir en su vida, aunque se viese reducida á la última miseria. Pero desde que fué madre, ya no

temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribióle á su tía la inesperada muerte de su marido, el nacimiento de su hija, y la triste situación en que se hallaba en su país tan distante del suyo, sin amigos ni parientes, y con la nueva carga de una niña; pero no tuvo respuesta. Á pesar de este desaire, y de ser madama de La Tour de un carácter firme y elevado, no temió humillarse y exponerse á las injurias de su tía, que nunca la había perdonado el haberse casado con un hombre que, aunque honrado, era de nacimiento inferior al suyo; y así continuó escribiéndole, siempre que hallaba ocasión, á fin de excitar su compasión á favor de Virginia. Pero se pasaron algunos años sin recibir de ella la menor señal de reconciliación.

Últimamente en 1738, á los tres años de haber llegado á esta isla su gobernador, M. de La Bourdonnais, supo madama de La Tour que este señor tenía para

ella una carta de su tía. Corrió al instante á Puerto-Luis, sin reparar en aquella ocasión en presentarse mal vestida, haciéndola superior á todos los respetos mundanos la alegría maternal que la alentaba.

El contenido de la carta de la tía se reducía decir á la sobrina: « Que era » merecedora de la suerte que tenía, por » haberse casado con un aventurero libertino; que las pasiones llevaban en » pos de sí el castigo, que la muerte » prematura de su marido era uno de los » más justos del cielo; que había hecho » muy bien en pasar á las islas, antes » que deshonorar á su familia en Francia; » finalmente que estaba en buena tierra, » donde todo el mundo hacía fortuna » menos los holgazanes. »

Después de haberla vituperado de este modo, concluía alabándose á sí misma, y diciendo: « Que ella, para evitar las consecuencias, casi siempre funestas del

» matrimonio, no había querido casarse  
 » jamás. » Pero la verdad del hecho es  
 que, como tenía una ambición desorde-  
 nada, no había intentado casarse sino con  
 un hombre de muchas circunstancias ;  
 mas, á pesar de sus grandes riquezas y  
 de que en la corte todo se mira con indi-  
 ferencia, menos el dinero, no hubo quien  
 quisiera tomar por esposa á una mujer  
 tan fea y de entrañas tan crueles.

En post-data añadía : « Que sin em-  
 » bargo de todo lo dicho, la había reco-  
 » mendado eficazmente á M. de La Bour-  
 » donnais. » Y en efecto lo había hecho  
 así ; pero según la costumbre demasiado  
 recibida hoy día, que hace á un protector  
 más temible que un enemigo declarado.  
 El caso es, que á fin de justificarse para  
 con el gobernador de la crueldad con que  
 había tratado á su sobrina, la había calumi-  
 niado, aparentando compadecerse de ella.

Madama de La Tour, á quien cualquiera  
 otro hombre indiferente no hubiera podido

mirar sin interés y respeto, fué recibida  
 con mucha frialdad por M. de la Bour-  
 donnais, prevenido de antemano contra  
 ella ; y sólo contestó á la patética expo-  
 sición que le hizo de su triste situación y  
 de la de su hija, con estas enfáticas y  
 duras expresiones, propaladas interrum-  
 pidamente : « Yo veré... discurriremos...  
 » con el tiempo... ; son muchos los nece-  
 » sitados !... ¿ por qué disgustar á una  
 » tía respetable ?... vos sois la que tenéis  
 » toda la culpa. »

Volvióse madama de La Tour á su  
 choza con el corazón anegado en senti-  
 mientos y traspasado de amargura. Inme-  
 diatamente que entró en casa se sentó,  
 arrojó la carta de su tía sobre la mesa, y  
 exclamó á su amiga : « ¡ Hé aquí el fruto  
 » de once años de paciencia ! » Pero  
 como ninguna sabía leer sino ella, volvió  
 á tomar la carta, y se la leyó á Margarita  
 á presencia de sus hijos.

Apenas hubo acabado, cuando Marga-

rita le dijo con desenfado : « ¿ Qué necesidad tenemos nosotras de vuestros parientes ? ¿ Nos ha abandonado Dios por ventura ? Él sólo es nuestro padre. ¿ No hemos vivido felices hasta el día de hoy ? Pues ¿ por qué os angustiáis ? ¿ vaya, que no tenéis valor ! » Y viendo que lloraba madama de La Tour, se arrojó á su cuello, y estrechándola entre sus brazos, exclamó : « ¡ Querida amiga mía ! ¡ Querida amiga ! » Pero sus propios sollozos no le permitieron articular otra palabra.

Al ver esto Virginia, derramando copiosas lágrimas, apretaba alternativamente las manos de su madre y de Margarita contra su boca y corazón ; y Pablo, con los ojos inflamados de cólera, gritaba, apretaba los puños y pateaba, sin saber á quién atribuir la culpa de lo que pasaba. Acudieron á las voces Domingo y María, y no se oía en toda la casa más que estos acentos de dolor : « ¡ Ay,

» señora !... ¡ Ay, ama de mi vida !... » Madre mía, no lloréis. »

Estas demostraciones tan tiernas de afecto, mitigaron la pesadumbre de madama de La Tour, la cual, tomando en sus brazos á Pablo y Virginia, les dijo con semblante placentero : « Hijos míos, » vosotros sois la causa de mi aflicción ; » pero también lo sois de mi alegría. » ¡ Oh amados hijos míos ! la desgracia » me ha venido de lejos ; la felicidad la » tengo alrededor de mí. »

Pablo y Virginia no la comprendieron, pero así que la vieron contenta y sosegada, empezaron á sonreirse y hacerle caricias. Así continuaron todos siendo felices, no habiendo sido aquel accidente, sino como un turbión en un día sereno y despejado de primavera.

Cada día manifestaban más y más estos dos jóvenes la bondad natural de sus corazones. Un domingo, al rayar el alba, habiendo ido sus madres á la primera

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

10678

misa, á la iglesia de las Pamplemusas, se presentó una negra marrona debajo de los bananos que circundaban la casa, la cual parecía un esqueleto de puro flaca, y no llevaba más ropa sobre su cuerpo, que un pedazo de arpillera alrededor de la cintura. Se echó la negra á los pies de Virginia que estaba disponiendo de almorzar para la familia, y le dijo :

« Caritativa señorita mía, compadeceos  
 » de una pobre esclava fugitiva, que  
 » hace un mes anda errante y casi muerta  
 » de hambre por estas sierras, y á veces  
 » perseguida de los cazadores y de sus  
 » perros. Vengo huyendo de mi amo, que  
 » es un colono rico de las riberas de Río  
 » Negro, el cual me ha tratado como  
 » veis. » Y al mismo tiempo le mostró su cuerpo surcado de arriba abajo de cicatrices y costurones, efecto de los fuertes latigazos que había recibido de su amo.

Virginia, toda condolida y penetrada

de lástima, exclamó : « ¡ Anímate, pobre-  
 » cita negra ! come, come. » Y le dió el almuerzo que tenía dispuesto para los de casa. La esclava lo devoró todo en breves instantes ; y viéndola Virginia harta y satisfecha, volvió á exclamar :

« ¡ Pobrecita, pobrecita esclava ! im-  
 » pulsos me dan de ir á pedir á tu amo  
 » que te perdone, pues en viéndote, no  
 » es posible que deje de moverse á com-  
 » pasión. ¿ Quieres guiarme adonde él  
 » tiene su morada ?

» Ángel del cielo, replicó la negra,  
 » por lo que á mí toca estoy muy pronta  
 » á seguiros adonde queráis ; pero la  
 » posesión de mi amo está distante de  
 » aquí. »

« No importa, no importa, » respondió Virginia, con una viveza hija de la ternura de sus entrañas. Y en esto llamó á Pablo, y le rogó que la acompañara.

La esclava los fué conduciendo por sendas muy fragosas, atravesando selvas

y escarpados montes, que treparon con mucha dificultad, y vadeando ríos profundos, hasta que finalmente llegaron cerca del mediodía á la colina que está sobre la ribera de Río Negro, desde donde descubrieron una casa bien construída, grandes plantíos y una caterva de esclavos ocupados en todo género de trabajos. Su señor, que andaba paseándose por medio de ellos, con una gran pipa en la boca y un látigo en la mano, era un hombre alto, seco, amulatado, de ojos hundidos y cejjunto.

Virginia, toda inmutada y asida al brazo de Pablo, se acercó al colono, y le suplicó que por amor de Dios perdonara á su esclava, que quedaba un poco más atrás. Al pronto no hizo mucho caso el colono de los dos muchachos, viéndoles probremente vestidos, pero habiendo observado después el delicado talle de Virginia, y sus hermosos cabellos rubios que salían por debajo del pañuelo azul

que llevaba alrededor de la cabeza, y oído el metal de su dulce voz que le temblaba, como todo su cuerpo, al tiempo de pedirle por la esclava, se



quitó la pipa de la boca y levantando el látigo en alto, y prorrumpiendo en una execrable maldición, prometió perdonarla, no por el amor de Dios, sino por Virginia. Fuera de sí la muchacha con esta gracia, hizo seña á la esclava para

que se acercara á su amo: y en esto echó á correr aceleradamente, siguiéndola Pablo.

Volvieron á subir el monte por donde habían bajado, y llegando á la cumbre se sentaron al pie de un árbol, muertos de cansancio, de hambre y de sed, después de haber andado en ayunas al pie de cinco leguas. Hallándose de aquella manera fatigados, dijo Pablo á Virginia :

« Hermana mía, ya son más de las » doce, y tú tienes hambre y sed. Aquí » es imposible que hallemos de comer; y » así mejor será que volvamos á bajar á » la ribera, y pidamos al amo de la » esclava nos dé alguna cosa para des- » ayunarnos. »

« ¡ Ay ! eso no, Pablo, respondió Vir- » ginia, ¡ todavía estoy temblando con el » susto que he pasado al hablarle ! » Acuérdate si no de su figura, de aque- » llo que suele decir mamá. El pan del » malo, llena la boca de arena. »

« Pues ¿ qué hemos de hacer ? replicó » Pablo, estos árboles no producen nin- » guna fruta buena, y por aquí ni siquiera » se descubre un tamarindo ó un naranjo, » para poder refrescar la boca. »

« Dios se compadecerá de nosotros, » contestó Virginia, pues oye el piar de » los pajarillos, que le piden de comer. »

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando sintieron el ruido de una fuente que caía de lo alto de un peñasco inmediato. Corrieron allá y después de haber apagado la sed en sus aguas más puras que el cristal, cogieron un manojo de berros de los que crecían en sus bordes, y comieron de ellos.

En esto, como anduviesen de una parte á otra, por ver si encontraban más sustancioso alimento, descubrió Virginia entre la espesura de los árboles una palmera nueva. El cogollo ó cebolleta que arroja este árbol junto á los arranques de las ramas, es de muy buen

comer; pero aunque el tronco apenas era más grueso que un muslo, tenía más de sesenta pies de elevación. Por otra parte, bien que la madera de este árbol sea un tejido de filamentos ó hebras delicadas, su núcleo ó corazón es tan duro, que rechaza y embota las mejores hachas, y Pablo ni siquiera llevaba una mala navaja. Ocurrióle pues, pegarle fuego al pie, pero se halló con la nueva dificultad de que le faltaba eslabón; y por otro lado no creo que en esta isla, que es toda ella un puro peñascal, se encuentre un solo pedernal.

La necesidad es madre de la industria, y por lo común las invenciones más útiles se han debido á los hombres más miserables. Resolvió Pablo sacar lumbre al modo de los negros; y á este fin hizo un agujerito con la punta de una piedra en una rama muy seca, y aguzando después con el corte de la misma piedra un palito igualmente seco, pero de árbol de espe-

cie diferente, sujetó la rama entre las rodillas. Hecho esto, introdujo el palito en aquel agujero, dándole vueltas entre las manos como quien bate chocolate; no tardó en ver salir chispas y humo del punto de contacto. Juntando entonces hierbas y ramas secas de árboles, encendió una hoguera al pie de la palmera, la cual en breve tiempo dió consigo en tierra con grande estrépito.

El fuego le sirvió también para despojar la cebolleta de las largas hojas leñosas y picantes en que está envuelta; y habiéndola comido él y Virginia, parte cruda, y parte asada en el rescoldo, fué para su paladar el manjar más sabroso y delicado. Hicieron aquella comida frugal con la mayor alegría, acordándose de la buena acción que habían practicado por la mañana; pero les turbaba su alegría el recuerdo de la pena que tendrían sus madres por su larga ausencia de casa, y Virginia hablaba de esto á cada instante.



Pero Pablo, sintiéndose más reforzado, le aseguró que no tardarían en sacarlas de aquel cuidado.

Después de haber comido se vieron de nuevo embarazados, pues les faltaba quien les enseñase el camino para volverse á su casa. Mas Pablo, á quien nada de este mundo acobardaba, dijo á Virginia : « Nuestra posesión cae al sol de medio- » día; nosotros debemos atravesar, como » esta mañana, la cumbre de aquella » sierra que ves allá abajo con sus tres » picos. Vamos pues, Virginia, echemos » á andar. »

Positivamente, la sierra ó montaña que decía Pablo, era la de los Tres Pechos, así nombrada por los tres picos que sobresalen en ella en figura de pechos. Bajaron por consiguiente al morro ó collado de Río Negro de la parte del norte, y llegaron, de allí á una hora, á la orilla de un río que les cortaba el paso.

Esta gran parte de la isla, cubierta de

selvas y malezas, es, aun en el día, tan poco conocida, que muchos de sus montes y ríos carecen de nombre propio. El que ellos encontraron corre despeñado entre rocas, y el ruido de su corriente asustó de tal modo á Virginia, que no se atrevía á vadearlo. Pero Pablo, tomándola en sus hombros, pasó así cargado por los resbaladizos guijarros del río, á pesar del ímpetu de sus aguas.

« No tengas que temer, Virginia, la » decía, que no me pesas nada, antes » me siento más animoso contigo á » cuestras. Si el colono de Río Negro » te hubiera negado el perdón de la » esclava, las hubiera habido conmigo » esta mañana. »

« ¡ Cómo ! exclamó Virginia : ¿ con » aquel hombre tan alto y de ingenio » tan malo ? ¡ Jesús ! ¿ á qué te he » expuesto ? Válgame Dios. ¡ Cuán difícil » es hacer bien, y cuán fácil lo con- » trario ! »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando Pablo llegó á la orilla opuesta, quiso continuar el camino cargado con su hermana, lisonjeándose de que podría subir así la montaña de los Tres Pechos que veía enfrente, como á media legua de distancia. Pero faltándole las fuerzas á poco rato, se vió precisado á bajarla de sus hombros y sentarse á descansar á su lado.

Virginia le dijo entonces : « Hermano, » el día comienza ya á declinar : tú » todavía tienes fuerzas para caminar, y » á mí me faltan. Déjame aquí, y ve » tú solo á casa para tranquilizar á » nuestras madres. »

« ¡ Irme yo solo ! exclamó Pablo : no, » no me apartaré de ti, hermana. Si » nos coge la noche en esta serranía, » encenderé lumbre, derribaré con ella » otra palmera, tú comerás el cogollo, » y yo te haré con las hojas una ajúa » para que duermas al abrigo. »

Entretanto Virginia, habiendo des-

cansado un poco, cogió algunas hojas de escolopendra de una rama de este árbol, que pendía sobre el río, y se las ajustó á las piernas á manera de borceguíes, porque las piedras del camino de tal modo le habían lastimado los pies, que le corrían sangre ; pues con la precipitación y deseo de ser útil, se le había olvidado calzarse. Y sintiéndose más consolada con la frescura de las hojas, arrancó una caña de bambú, se puso en camino apoyada una mano en la caña y otra en el hombro de su hermano.

Así iban caminando paso entre paso por medio de las selvas, cuando la altura de los árboles y la espesura de sus hojas les hicieron perder de vista la montaña de los Tres Pechos, que era el punto de su dirección, y aun el sol que iba ya á tocar al término de su carrera. De allí á poco rato se extraviaron, sin advertirlo, de la senda trillada que hasta entonces habían seguido, y se encontraron

metidos en un laberinto sin salida de árboles, de breñas y matorrales. En tan gran conflicto, dijo Pablo á su hermana que se sentara, y él empezó á correr de una parte á otra, como fuera de sí, buscando arbitrio como salir de aquella espesura; pero se fatigó en balde. Subióse á lo último de un árbol muy alto para descubrir á lo menos la montaña de los Tres Pechos; pero no vió alrededor de sí más que las cimas de otros árboles más elevados, algunos de los cuales estaban iluminados por los últimos rayos del sol casi traspuesto.

Á este tiempo la sombra de los montes cubría ya los bosques y arboledas de los valles; el aire iba calmando poco á poco, como suele acontecer al ponerse el sol; un profundo silencio reinaba en aquellos páramos, y sólo se oían los bramidos de los ciervos que iban á buscar sus madrigueras nocturnas entre la

espesura de aquellos tan yermos lugares. Pablo, con la esperanza de que algún cazador pudiese oírle, gritó entonces con todo su vigor: « Venid, venid al socorro



de Virginia; » pero los ecos del monte fueron los únicos que respondieron á su voz, repitiendo otras tantas veces: « Virginia... Virginia... »

Bajóse en esto del árbol muy acongojado, y comenzó á buscar medios de pasar